



UN MES.

UN AÑO.

Madrid 4
Provincia 5

Madrid 40
Provincia 50

EL OMNIBUS,

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Uno ídem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

LA SOBRINA DEL BANQUERO.

NOVELA POR MADAMA DE ANGELOT.

(Conclusion).

—Estó hizo, continuó Mad. de Meron, que muy pronto conociese que me faltaban algunas cosas; el nombre de Meron, binehado y comun en casa de los banqueros, tenia un eco muy pobre entre la nobleza, que no le pronunciaba aun sino con indiferencia, con desprecio; nadie era politico conmigo, sino aquellos que necesitaban mi dinero. Entonces dije para mí: puesto que el oro todo lo alcanza, compremos un titulo, y en efecto, me fui á Alemania, donde hay capitulos nobles que á poco coste os bautizan con el nombre de condesa. Es cierto que á la vuelta creí que habia gastado en valde mi dinero, pues volví á París á fines de febrero de 1848; entonces acababan de abolir la nobleza.

—No tuvisteis suerte, dijo con alegría el conde.

—Por fortuna aquello solo fué una falsa alarma, continuó Mad. de Meron, tambien con alegría. No solo los que tenían titulos los recobraron despues, sino que muchos se aprovecharon de la ocasion para hacerse con algunos que no habian tenido antes.

—¡Ah, señora mia! dijo el conde con viveza; eso es ya mucho decir, y veo que son terribles vuestras irónicas observaciones.

Habia en la inflexion de la voz del conde, y en la deferencia con que pronunció estas palabras, como una especie de sumision, lo que en diplomacia se llama el reconocimiento de un poder con quien se puede tratar de igual á igual.

—Ademas tengo buenos ánimos, dijo Mad. de Meron, pero hebe de combatir con desdenes poco agradables. En este mundo, el aire despreciativo es de gran tono, la gente os estima en razon inversa de la estimacion que uno manifiesta; es una justicia que se hace la gente.

—¡Ah! podéis creer, dijo Mr. de Plenoel, que aun en la triste sociedad de nuestros dias, hay personas que saben apreciar las cualidades reales, y que conservan para ellas los mejores sentimientos.

El tono amistoso con que fueron pronunciadas estas palabras, interesó vivamente á Mad. de Meron.

—¡Dios mio! ¡Qué feliz seria si un cuarto de hora de sensatez me valiese la estimacion, y por consiguiente la amistad de un hombre como vos!... esto me haria razonable para el resto de mi vida.

—Mil gracias, señora, respondió el conde alargando su mano; nada aprecio en el mundo como la amistad de una muger de talento.

—¡Qué influencia tan benéfica ejercéis, señor conde! Vuestra sensatez y vuestra razon son cualidades que se comunican á los demas, y

Dios sabe si volveré á recaer en mis antiguas vanidades; desde hoy las abandono á los que me las dieron, aunque tengan ya las suficientes para prescindir de ellas. Y ahora, permitid que me ocupe de mi querida sobrina y de vuestro pupilo Emilio, que parece amarla.

El rostro del conde se anubló; pero sin embargo, respondió bondadosamente:

—Emilio nos oculta algun misterio que debe cesar al punto... Aquí está Mr. Desronest, á quien habia suplicado que volviera.

En efecto, Mr. Desronest entraba en aquel instante. Mr. de Plenoel mandó llamar á Emilio, y como Silvania se presentaba entonces á la puerta de la sala para anunciar que Cecilia se hallaba ya restablecida de su indisposicion, la dijo el conde:

—Ven, hija mia, quédate con nosotros. Aquí está Emilio, y vas á saber al instante todo lo concerniente al destino del que siempre has amado como á un hermano.

El conde al decir estas palabras estaba dolorosamente afectado. Silvania lo conoció, y se armó de valor para sostener dignamente la prueba.

La jóven se sentó, pálida y con el corazon oprimido, pero cuando Emilio puso su silla junto á ella, tuvo fuerzas bastantes para sonreírle, diciendo:

do, y ahora mas que nunca me parece que tiene derecho á una explicacion.

Desronest interrumpió para decir:

—Cualquiera que sea esa explicacion de vuestra conducta, señor conde, puesto que está convenido que debemos hablarnos con franqueza, debo decir ante todo, que nuestra sobrina no puede en ningun caso volver á ver á este caballero. Un hombre sin fortuna y sin posicion, no puede jamás aspirar á enlazarse con nuestra familia.

—¿Y si se aman, querido hermano? preguntó Mad. de Meron.

—El amor, respondió el banquero, es bueno para los ricos que no tienen otra cosa que hacer, pero hay que principiar por la fortuna... y una persona de mi familia... aunque yo no soy, es verdad, mas que un buen hombre, pero con una fortuna hecha y reconocida en Paris... esa persona, digo, debe casarse con un hombre rico que me dé honor, y no con un escritor, con un poeta... Si se aman, como dice mi señora hermana, eso seria bueno en otro tiempo cuando mi sobrina se hallaba sola y pobre, pero en el dia es diferente; lo que se dijo entonces hoy se olvida; nuestra sobrina no está en el caso de cumplir las promesas que hizo la pobre artista. Inoeno fuera... hace un instante, cuando salí de aquí,

vi á este caballero entrar en el cuarto á donde habian llevado á nuestra sobrina... Si, y allí se quedó, y aun Gustavo, que queria yo viniera conmigo, se me escapó para irse con el otro. Pero hijo y sobrina deben al instante cesar todo trato con este caballero... me empeño en ello. Y ahora que queda decidido, escucharé con gusto todo lo que tenga que decir el señor conde para responder á las sospechas que le manifesté un dia con otra idea distinta.

Desronest aludia á la peticion que habia hecho de la mano de Silvania, y á las preguntas sobre Emilio; pensaba que Mr. de Plenoel le debia esta explicacion, aunque únicamente como exordio del matrimonio de su hijo con Silvania, y queria que el conde no pudiera engañarse, ni supiera que el poeta pudiera ser algo para él, para un miembro cualquiera de su familia.

Emilio, preocupado con la palidez, alteracion, y el aspecto triste de Silvania, apenas oyó lo que dijo el banquero; pero sin embargo, le miró con un aire sorprendido que queria decir: no sé qué negocios pueda haber entre nosotros dos. Quizás le iba á preguntar sobre este punto, cuando el conde se adelantó diciendo:

—Si, quiero que todos sepan cuanto toca á Emilio, acabo de prometerlo, y ademas las circunstancias lo exigen. Pero sin embargo, siento cierto escrúpulo, pues habia jurado guardar silencio hasta su mayor edad, que llegará dentro de un mes. Aquel á quien hice este juramento, me perdonará sin duda de qué adelante la época convenida, pues lo hago en interés del mismo á quien me confieron.

Emilio se volvió hácia el conde, diciéndole:

—Hablad, señor conde, y sea cualquiera mi destino, no olvidaré nunca que hace veinte años me tratáis como el mejor y mas inteligente de todos los padres, y que os debo todo lo bueno de mi corazon, y todo lo mejor de mi entendimiento. Por eso os amo como el mas tierno de los hijos, y os amaré así toda mi vida.

El conde se hallaba afectado con estas palabras, cuando continuó en estos términos:

—Tuve un amigo desde mi juventud, el mar-



Mr. Desronest.

—Todo el mundo aqui desea vuestra felicidad, aun aquellos que conocen que ya no pueden tener en ella una parte directa.

Emilio la miró con sorpresa y tristeza.

El conde tomó la palabra y se expresó en estos términos:

—Voy, pues, dijo el conde de Plenoel, á hablaros francamente, y á esplicar delante de todos cómo y por qué Emilio ha sido educado en mi casa, y ha sido considerado como un hermano por mi hija. Mr. Desronest lo ha estraña-

qués de Raul de Toleres, que era el mas escelente y mejor de todos los hombres; desde la infancia dió pruebas de una superioridad incontestable; no se le podia ver sin sentirse por él una simpatía irresistible, y todas sus palabras y acciones aumentaban el atractivo que inspiraba desde el primer dia. Pero una madre idolatra de su único heredero, una fortuna inmensa que estuvo á su disposicion desde la edad de diez y siete años, y su boga inaudita en el mundo, la hicieron caer en todas las locuras de la moda. Era la época en que una revolucion acababa de arrancar el poder á los que Raul habria podido servir con toda su alma; así fué que se quedó en la ociosidad, como la mayor parte de nosotros; la medianía reinaba entonces con sus hábitos mercantiles y sus cálculos mezquinos. Raul, sorprendido de las vanidades financieras, mas atrevidas que las otras, indignado con una sociedad que no realizaba ninguna de sus ilusiones, se venga como le dicho haciendo locuras. Fué elogiado, é imitado en fin, fué lo que se llama un hombre á la moda; su sarcasmo se burló implacablemente de sus imitadores y de sus émulos, que se convirtieron naturalmente en otros tantos enemigos... ¿qué queréis? Los jóvenes en Francia no hacen nada bueno cuando son ricos, de modo que deben hacer algo malo, y para ocuparse, arman disputas y tienen desafíos algunas veces. Raul tuvo desafíos, en que su valor y destreza causaron mucho escándalo. Yo me alarmé por él; su familia y su madre pudieron obtener de él que se casase en la juventud, creyendo que de este modo pondrian un freno á las vivas exaltaciones de su alma. Su hermosa y jóven muger le adoraba, porque era imposible ver á Raul sin amarle; pero la vida de los que le amaban constantemente se hallaba alarmada. Muy largo sería contar aquí todos los riesgos á que se esponia, y solo os he hablado de ellos para que comprendais las razones que le inspiraron su última resolución. Un dia me hizo llamar; acababa de ser herido mortalmente en un desafío, y su muger, que se moria tísica, se hallaba pálida y sin fuerzas á la cabecera del lecho de su esposo. Esta jóven desahogada, clavaba sus hermosas ojos humedados en llanto sobre la cama donde yacía sin esperanza el objeto de su entrañable amor, y luego los volvía hacia la cuna de un hermoso niño de tres meses que sabia iba á quedar sin madre dentro de poco; sus angustias me helaron de espanto.

—Ven, me dijo Raul, ambos necesitamos que tú vivas. Escucha, amigo mio, voy á encargarte el cumplimiento de mis últimas voluntades, y te ruego en nombre de nuestra amistad, única cosa que me queda para, intzeta, te suplico que ejecutes mi voluntad irrevocable con el niño que va á sobrevivirnos, pues yo no moriré solo.

A estas palabras su jóven esposa inclinó sobre el lecho su rostro, tan descolorido como el de Raul, diciendo:

—Ya no nos separaremos jamás.

—Y puesto que ambos abandonamos á esa criatura, tú la tomarás bajo tu protección, añadió el herido; pero me has de prometer que serás fiel á lo que exijo de ti... Hace dos años que estás casado, y no tienes aun hijo ninguno, de modo que podrás educar al mio como si fuera tuyo. Pero no quieras eso; no, ya ves el fruto de mis locuras, y esas locuras no han sido otra cosa que el resultado de la fortuna, del nacimiento y de la libertad, de otras ventajas gocé antes de tener el conocimiento bastante para emplearlas como es debido. Además solo me habrían incalcado esos frívolos principios del pandonor... y no es bastante. La duda, ese mal de los dias tempestuosos, ese fruto de las sociedades decrepitas, deja el alma sin sosten, sin guía contra los peligros... Infunde en mi hijo principios sólidos que puedan protegerle, porque es preciso que crez que no tiene ninguna protección en el mundo fuera de su valor y su virtud. Educate como á un huérfano sin fortuna y sin nombre; quiero que permanezca hasta los veinte años con la idea de que su trabajo será su único recurso. Si de este modo le doy algunas inquietudes en sus primeros años, luego será feliz el resto de su vida. Juro que te conformas con mi voluntad para que muera en paz, y baje al sepulcro contento.

Va podéis adivinar que lo juré, y todos son

testigos de si he sabido cumplir mi juramento.

Aquí Desronest se volvió con respeto hacia Emilio, diciendo:

—¿Y ese huérfano sin nombre, es?...
—Emilio, respondió el conde sonriendo.
—¡Ah! dijo el jóven con una indecible espresion de ternura mirando á Silvania, que permanecía impasible cual si nada pudiera ya interesarle en este mundo.
—¿De modo que este caballero es rico y es marqués? preguntó Mad. de Meron.
—Su fortuna es tanto mas considerable, cuanto que se ha aumentado con la acumulacion de veinte años de economía. Su nombre es de los mas nobles.
Desronest habia cambiado su sorpresa en una alegría sin límites. Dos ó tres veces habia repetido para sí:
—¡Marqués y millonario!... ¡Millonario y marqués!
¡Esto le gustaba tanto! y además disculpaba tambien las otras cualidades de preseritor! poe-tal que ya ni aun se acordaba de ellas, y olvidaba igualmente todo cuanto habia dicho.
Por eso mirando á Emilio con una espresion de amor entrañable, dijo:
—Qué feliz es este caballero; haber inspirado amor antes de que supieran que era rico. Esto se llama un amor verdadero, y una familia honrada no puede menos de acceder á los deseos de dos jóvenes que se aman.
—Quizás os equivocáis, señor mio, dijo friamente Emilio.
Desronest tuvo un movimiento soberbio al exclamar:
—¿Cómo? ¿seréis acaso capaz de desmentir vuestras palabras?
Un criado le interrumpió anunciando á su hijo Gustavo Desronest.
Mad. Meron se valió de este instante para aplacar que llamaran á su sobrina, que debia hallarse en estado de presentarse en la sala.
En cuanto se cerró la puerta, Gustavo fué interpellado por su padre en estos términos:
—Llegas á tiempo, Gustavo, celebro que oigas lo que se va á decir... Un hombre de honor es esclavo de su palabra, ¿no es verdad?
—Pero señor... dijo Emilio, que queria hablar, Desronest no le dió tiempo para ello.
—Y aun cuando no hubiese dado su palabra solemnemente, repuso el banquero con viveza, se halla comprometido, puesto que ha hecho concebir la esperanza de un matrimonio, puesto que se ha hecho amar... y de ningun modo puede faltar á lo que de él se espera.
Gustavo no podia dar crédito á lo que oia, tan diverso era aquel lenguaje de los principios profesados de su padre, por eso quiso que repitiera sus palabras, á fin de estar cierto de que no se equivocaba.
—¡Óh! padre mio, reconozco que un amor recíproco equivale á una palabra de casamiento? preguntó con inquietud Gustavo.
—Sin duda ninguna, respondió Desronest, que no vacilaba nunca en responder á una proposicion, cuando esta era favorable á sus intereses. Es un deber, aun cuando la jóven se hallase sin fortuna, y además, esto importa poco si el que ama y es correspondido tiene lo suficiente para ambos. El casarse en semejante caso, es un deber de que no pueda dispensarse sin dejar de ser un hombre honrado.
—¡Oh! exclamó Gustavo, ¿cuánto me folleito, padre mio, de aires hablar así!
—No comprendo por qué te felicitas, repuso Desronest sorprendido, pues ignoras aun que este caballero...
—¿Os lo ha dicho todo? añadió el impaciente Gustavo sin poder contenerse. ¡Oh! mi amigo no ha perdido el tiempo; hace solo media hora que le he confiado los secretos de mi corazón, y ya os ha decidido á colmar todos mis deseos.
Desronest no entendia á su hijo; pero Gustavo, como un jóven atropellado, que no oia lo que él mismo decía cuando se hallaba animado por el gozo, no reparaba tampoco en el efecto de sus palabras... Sin embargo, volvió la cabeza al ruido que hicieron en la puerta; era la señorita de Beville, que traía á Cecilia, ó mas bien á Felisa, la sobrina de Desronest, y prima de Gustavo; este último salió á su encuentro afectuosamente, diciendo con voz tierna:

—Venid, venid, prima mia, mi querida Felisa, ya no teneis nada que temer; este buen Emilio nos ha obtenido ya el perdón, y acaba de hacer una cosa mas difícil todavia, que es el que mi padre aprueba mis proyectos; no solamente permite, sino que exige nuestra unión.
Desronest, asombrado exclamó:
—¿Se ha vuelto loco?
Mad. Meron, dirigiéndose al conde, preguntó lo que queria decir aquello. Pero antes que hubiese respondido, Gustavo habia llevado á su prima al lado de su padre, y decía:
—Dad un abrazo á vuestra hija.
—¡Mi hija! dijo Desronest retrocediendo cuatro pasos.
Gustavo principiaba á reparar en la sorpresa de su padre.
—¿Os sorprendéis? no largo mas que obedeceros. Vos mismo acabais de condenarme á casarme con ella.
—¿Yo? exclamó de nuevo Desronest; ¿has perdido el juicio? No se trataba de ti... tú no conoces á tu prima; la ves hoy por primera vez.
—La conozco hace tiempo, padre mio, repuso gravemente Gustavo; nos hemos visto en Italia, y desde entonces no he pensado mas que en ella.
—Pero si ama á este caballero, respondió Desronest volviéndose hacia Emilio.
—Nunca he amado á otra que á Gustavo, dijo sencillamente la jóven.
—Pero no te casarás con ella! repuso el banquero encolerizado.
Hubo un momento de silencio, durante el cual el rostro de Silvania perdió su tristeza sombría, y sus ojos, llenos de dulzura y afecto, se volvieron hacia la prima de Gustavo. Esta, sin hablar, se acercó á Silvania, la cogió una mano que estrechó entre las suyas, y como la señorita de Plenoel era mas alta, la frente de la jóven artista se hallaba tan cerca de sus labios, que estampó en ella un beso, mientras Cecilia murmuraba en voz baja:
—Emilio os ama tanto!
El temor de ser oida por los otros le habia hecho pronunciar estas palabras tan bajito, que un momento creyó no habia sido oida. Sin embargo, sin responder, Silvania la dijo con tanta ternura:—¿Qué dulce será la amistad entre nosotras! que vió que la jóven la habia adivinado.
Gustavo creyó deber responder á su padre:
—¿Me habeis dicho hace un momento que un hombre de honor debe ser esclavo de su palabra?
—¿Pero supongo que tú no la has dado? exclamó el banquero.
Gustavo, sin darse por vencido, contestó:
—Un hombre de honor se halla comprometido, puesto que ha hecho nacer la esperanza de un matrimonio, puesto que se ha hecho amar, y que tiene fortuna suficiente para ambos. Estas son vuestras palabras, padre mio, y añadisteis que casarse en semejante caso es un deber de que nadie puede prescindir sin perder su honra.
Desronest se ahogaba de ira y de despecho, porque no podia encontrar razon alguna; sin embargo, esto no le quitó la facultad de responder con voz ahogada:
—¿Acaso dije yo eso por tí? ¿Por ventura puedes tú casarte con ella? Es una locura que tomes mis palabras como las tomas, y sabré hacerte entrar en tu deber. ¿Casarte con tu prima que no tiene nada! Entonces ¿para qué sirve ser millonario?
—Sirve para muchas cosas, Mr. Desronest, dijo el conde sonriendo; principalmente servirá para enriquecer á vuestra sobrina que desde este instante es vuestra hija.
—Fues yo no quiero que lo sea, ni ahora ni nunca, pues tengo otra que conozcois, exclamó Desronest; Gustavo no es libre, pues he pedido para él la mano de la señorita Silvania.
—Que me ha sido negada, padre mio, dijo Gustavo; porque esa señorita ama á Emilio desde la infancia, y Emilio se hubiera muerto de pesar si se hubiera casado conmigo.
Emilio miró á Silvania, que enjugaba sus lágrimas de alegría; y como estaba á su lado pudo decirle:
—¿Qué feliz soy desde este momento!
Silvania le tendió una mano, que estrechó ébriamente entre las suyas. El conde con todo su corazón llenó de la idea de que solo en

error habla podido turbar un instante la dicha de sus hijos, estaba también satisfecho.

Cecilia había recobrado ánimo, y ¿cuál es la mujer que no tiene valor al verse amada, y cuando sus penas no proceden del hombre que la ama?

—Tío, exclamó, no quiero causaros el menor disgusto. Nunca aceptaré la mano de mi primo, si no me la ofreceis vos mismo.

—Entonces no tengo nada que temer, dijo brutalmente el banquero.

Pero Mad. Meron, que le estaba observando, quiso reparar la injusticia de su hermano, diciendo con una sonrisa:

—Anda, querida mía, que nada perderás. Yo he renunciado á todas las locas vanidades desde que he visto que existen todavía gentes sensatas que saben apreciar las cosas razonables. Mas vale la estimación de un hombre inteligente, que todas las alabanzas de los necios. No me haré duquesa ni princesa con mis millones, sino que te haré dichosa; podrás elegir entre los mejores partidos de París con lo que te daré, y eso sin contar mi herencia cuando yo muera.

—¡Ah! dijo Desronest respirando un poco.

—Padre mio, repuso Silvanía sonriendo, ya no necesitamos vuestro título de marqués de España, ¿queréis disponer de él en favor del que se casa con mi amiga? Porque Cecilia será mi mejor amiga.

—Nada más fácil que ese arreglo, respondió el conde mirando á Desronest, cuyo rostro había tenido un cambio muy notable.

El aire colérico y el mal humor habían desaparecido, y en su lugar se veía una expresión mas tranquila, dulce y amable. Por fin una sonrisa alegre y un júbilo inefable brilló en su abultada cara; sus facciones se dilataron en un suspiro, y después tomó la palabra con una especie de sencillez, y dijo:

—¡Dios mio! yo soy un pobre hombre, y quiero que todos los que estén á mi lado vivan contentos.

—Ciertamente, lo creemos así, repuso el conde contentando la risa, pero dejando percibir una expresión burlona que le era imposible disimular completamente. Sabemos que sois bueno, y que solo un espíritu de justicia dicta vuestras palabras y acciones, prueba de ello son las palabras que dirigíais á Emilio hace un instante sobre los deberes de un hombre de honor con una mujer á quien ama.

—Mi sobrina tendrá maridos donde escoger, añadió Mad. Meron, con mi fortuna asegurada y un verdadero título de marqués... porque el dinero es bueno en todos tiempos, y los títulos se desean mucho en la época en que vivimos.

—En efecto, añadió el conde, con todo eso, la señorita Cecilia no necesitará que se case con ella por deber.

Desronest tomó el aire importante de un hombre que sirve de modelo para que le hagan una estatua, y dijo:

—Pues yo, señor conde, quiero que mi hijo lleve todos los suyos.

La concurrencia se quedó sorprendida. Desronest continuó con la misma solemnidad:

—Mi sobrina se ha portado bien, diciendo que no se casaría con mi hijo sin pedírselo yo; así, pues, la pido su mano para gustavo.

—Padre mio, exclamó la jóven, llenas todos mis deseos.

—La mano de Cecilia estaba en la de Gustavo antes de que hubiera concluido la frase.

—Muy bien, Mr. Desronest, dijo el conde con acento serio, aunque no pudo menos de sonreírse al añadir:

—Teníais razon en decir que ante todo el honor, porque hay gentes que en sus negocios, acciones y palabras, piensan tanto en sus intereses, que tienen dos balanzas y dos medidas para juzgar las cosas.

—¡Oh! yo no soy de esos, dijo el banquero con el acento mas candoroso.

Nadie pensaba en la pobre señorita de Beville, que se ocultaba un poco, es verdad, para enjugar algunas lágrimas; nadie la veía sino es Cecilia, que había padecido demasiado para que las lágrimas de otro pudiesen correr en su presencia desapercibidas. Por eso colocó suavemente una mano sobre el brazo de Silvanía, indicándole con la otra, sin decir palabra, la tristeza de la pobre señorita de Beville.

Silvanía se dirigió á ella con presteza, y sorprendiendo su dolor la dijo:

—¿Qué tenéis? ¿mi felicidad os entristece?

—¡Ay! respondió la pobre solterona; ¡sin embargo, había acostumbrado mi pensamiento á la necesidad de buscar nuevas casas!

—¿Buscar otra casa, dejarme! ¿Pues qué hay? ¿Sois desgraciada conmigo? preguntó Silvanía.

La señorita de Beville, sorprendida, no pudo menos de manifestar su asombro diciendo:

—¿Y no he de marcharme ahora que ya no me necesitáis?

—¡Ah! dijo en tono de reconvención la señorita de Plenoel; ¿creéis que haya aprovechado tan mal vuestras lecciones y las de mi padre, el corazón mas noble del mundo, para permitir que la que hace diez años me sirve de madre, deba á otra persona, si no á mí, el descanso que ahora necesitáis? ¿Cómo! ¿No viviré en el lujo y la opulencia, y vos tendréis que trabajar para vivir en la necesidad? Sois de la familia, amiga mía, y por lo tanto, no podéis carecer de nada, cuando vuestros parientes son ricos y bien educados... toda vuestra vida tendréis lo que hasta hoy habéis tenido; estareis á mi lado, porque aun me quedan que aprender muchas cosas, y porque además no puedo vivir separada de los que amo...

Silvanía se sonreía con una gracia encantadora al decir estas palabras, y al añadir:

—¡Ah! ¡creéis que solo tendríais que cuidar al lorito? Pues bien, os habeis equivocado; yo reclamo una parte de vuestra amistad.

La pobre anciana tenía el corazón tan lleno de alegría, que apenas podía hablar, y solo tartamudeando pronunció estas palabras:

—¡Ah! ¡Emilio, qué esposa vais á tener!

El jóven dejó que su alma exaltada se desahogara, diciendo:

—¡Yo, á quien criticaban que soñaba con un mundo ideal, donde todos eran buenos y dichosos, veo la realidad, que es superior aun á mis mejores sueños!

—Pero señor marqués, dijo Desronest ahuecando la voz: esto lo vais aquí, en otras partes os aseguro que no sucede así.

—Un día sucederá, contestó alegremente Emilio. El mundo no se muda de repente como lo habíamos esperado nosotros los visionarios, pero puede ir mejorándose todos los días por las buenas acciones. ¿Habeis ó quien debemos todo esto? Al señor conde de Plenoel. Así, para disipar lo que incomoda, altera y disgusta, para hacer felices y buenos á muchos, no es menester á veces mas que la influencia de un hombre de bien y de talento.

MUGERES.

I.

Iguara si es vd. bonita, amiga ó enemiga lectora, pero si es vd. *muger*, desde ahora lo digo á vd. que me gusta.

Porque siendo muger tiene vd. que ser bonita, puesto que las feas no son mugeres, sino monstruos.

Y siendo bonita tiene vd. que tener ojos hermosos, boca fresca, pelo oscuro y tez morena.

Advierto á vd. que hago la apología del genero que me gusta, pero que si es vd. rubia no reñiremos por eso.

Porque tambien me agradan los ojos azules y el pelo rubio y la tez blanca.

Pero no tanto como las morenas.

Porque las blancas se parecen á la leche, y las morenas á la pimienta.

Y prefiero los guisos con pimienta á las natillas.

Como prefiero lo que sabe á lo que no sabe, y lo salado á lo soso.

Decia, pues, que vd. seria bonita; en cuyo caso tendrá vd. novio, y le amará y se lo dirá, y hará vd. muy bien, y él muy mal en creerla á vd. Porque

Las señoras son soñables
Como la pluma en el viento,
Mudan de palabra
Y de pensamiento.

Segun dice el duque en Rigoletto.

Y el señor duque tiene razon.

Porque las mugeres no son de verdad.

Y si no, ¿en qué se parece una muger vestida á una muger desnuda? En la cara.

¿Y en qué se parece la cara de una muger al acostarse, á la misma cara al levantarse?... En nada.

Pero tengamos lógica.

En lo cual probaremos no ser muger, sino hombre.

Y analicemos.

II.

LA MUGER VESTIDA.

Confieso, señoras mugeres, que sé lo que son ustedes una vez acicaladas y vestidas, que no desconozco sus máculas, que sé sus resortes, sus maquinarias y sus recursos para embellecerse, y confieso además, que á pesar de todo eso, me gustan vds. mucho, quizás mas de lo que yo quisiera.

Porque esos cabellos que vds. se ponen tan lustrosos, tan lisos y tan perfumados, me admiran, y esos falles que se doblan como tallos de flor me entusiasman.

Y esas telas tan ricas, tan hábilmente combinadas y tan admirablemente dispuestas, me hechizan.

Y sus coquetenas de vds. me embriagan.

Y hasta sus infidelidades.

Y sus picardías.

Porque con una sonrisa lo pagan todo.

Y con una mirada ganan el pleito.

Ustedes saben que una vez acicaladas son irresistibles, y por eso su único Dios de vds. es la moda.

Necios de nosotros que lo sabemos y les damos armas.

Puesto que una muger pospone su amante á sus trapos.

Y que para ellas un moño, un perifoneo vale mas que un juramento, que una descarga de suspiros, que una sera de requiebros, que una cartarata de galanterías.

La vida de una muger está en sus vestidos.

Se casa.—Trage de desposada.

Está de luto.—Vestido negro.

Va de visitas.—Vestido de vestir.

Va á tiendas.—Vestido distinto de los otros.

Va á un baile.—Vestido, joyas, adornos, flores, etc., etc.

Recibe en su casa.—Vestido de casa, lo cual supone que no puede parecerse á los otros.

Va á funciones.—Vestidos.

Al teatro.—Vestido de noche, abrigo, adorno.

A la iglesia.—Trage severo, pero que no debe parecerse á ninguno, porque no puede ser claro, ni de baile, ni ha de hacer efecto de noche, ni debe ser de luto.

Va á los toros.—Trage á la andalaza, mantilla.

Semana Santa.—Trage distinto.

Etc., etc.—Etc., etc.

La muger no publica nunca las señales de su mundo, es como los militares y como los reyes godos.

Tan cierto es esto, que ni aun en comisa deja de estar vestida.

Porque necesita bordados.

Y chambrás con paños y gemelos.

Y gorra de dormir con bordados y encages.

Y sábanas con guarniciones.

Y almohadas con idem.

Y cama colgada.

Y lamparilla á media luz, que haga efecto.

Y como si estos medios legales no bastaran, la muger usa medios ilegales.

Se pinta el rostro.

Se tinc las cejas y el pelo.

Se colorea los labios y las uñas.

Y se pone mas bellenas que hay en el polo.

Y como prefere la novela á la historia, entre el amante y el marido está por lo novelesco.

Usa además ataques de nervios.

Y falsas caricias.

Y coquetenas.

Y cuidados extremos cuando llueve y el marido es empleado; y no se les olvida nunca la hora de ir este al café, ó al Ateneo, ó al Casino.

Y sin embargo, lo que he dicho es verdad y no es verdad.

Por eso las opiniones acerca de la muger son infinitas.

Un viejo con gota. ¡Si yo pudiera!

Un pollo elegante. ¡Si yo quisiera!

Estas dos frases reunidas forman un todo completo.

Una vieja mirando á una jóven á quien todos atienden y galantean. En mis tiempos no éramos las mugeres tan libidinosas.

Una fea. ¡Dexas, no sé cómo les hace gracia esa muger! ¡Tiene tan mal gusto para vestir!.....

Una niña. ¡Si yo tuviera tres años mas!.....

Una madre. ¡Si yo tuviera cinco hijos, me nos!.....

El autor. ¡Si me quisieran todas!

El lector. ¡Si me sucediera á mí lo que desea el autor!

Por eso la muger reina, aunque no gobierna. En lo cual se parece á los reyes constitucionales.

Y todo esto por trapos, por vestidos, por adornos.

Preguntad á una muchacha por qué quiere casarse.

Si es franca, os dirá que para mandar en su casa, para tener dinero, para comprarse los vestidos á su gusto y para usar la ropa que solo pueden usar las casadas.

Preguntad á las prostitutas por qué se han prostituido.

Todas os dirán que para llevar en vez de vestidos de percal, telas de seda y terciopelo.

En una palabra, por ir vestidas.

III.

LA MUGER USURPADORA.

Ademas de los medios de que hemos hablado y que emplea la muger para lograr su objeto, la muger usurpa derechos que no le competen.

Se hace escritora y dice ternezas á los hombres en vez de escucharlas.

Como detesto todo lo que es usurpacion, incluso las poetisas.

Tambien han usurpado el derecho de intrigar. Y son maestras en la materia.

Porque entre dos hombres puede haber amistad, pero entre dos mugeres no la hay nunca.

La hermosa odia á la hermosa. La fea á la hermosa.

La rica á la rica. La pobre á la rica.

Solo hay apariencia de amistad en una muger por otra que vale menos.

Porque entonces la domina. Y resulta con el contraste, lo cual es para ellas el non plus ultra de las mugeres.

¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio. Es verdad.

¿Cuál es el oficio de la muger? El amor. Verdad.

Luego entre las mugeres no puede haber amistad, como no la hay entre dos tenderos que se quitan mutuamente los parroquianos.

IV.

EL AUTOR SE ENTERNECE.

A pesar de todo lo espuesto y de otras muchas cosas que me callo, á pesar de que el hombre no sabe nunca la verdad de las mugeres, puesto que es mentira.

Su pelo, su talle, sus ojos, su color, sus dientes, y su edad y su carácter.

El hombre ama y no puede menos de amar; y mas diré, debe amar á esa deliciosa mitad del género humano.

Porque si usan medios como los citados, es porque el hombre pasa por ellos.

Porque si usurpan derechos, es porque el hombre goza y es feliz cuando se los usurpan.

Y porque habiendo demostrado y siendo cosa sabida que la muger odia á la muger y ama al hombre, todo lo malo que hacen es por el hombre, todo redundando en provecho del hombre.

¿Dejaría de agradaos por ser un compuesto de pétalos, hojas, caliz, pistilos y estambres?

¿Arrojais el diamante por ser carbon?

¿Pues entonces por qué querer descubrir el secreto de la muger?

¿Detrás del todo no está la nada?

¿Detrás de la ropa no está el cuerpo? ¿Y profundizariais mas sabiendo que debajo del cuerpo está el esqueleto?

Por eso la muger hace bien en ser misteriosa. El misterio es la ilusion.

La ilusion es siempre risueña. Un amor sin misterios no tiene encantos.

Dejad, pues, á las mugeres ser lo que son. No odiarlas porque se acicalan; lo hacen por agradaos.

No las despreciéis porque os engañen; lo hacen por amaros.

Ojalá todas supieran hacerlo. No iria el hombre en pos de la fruta vedada. No tienen ellas toda la culpa.

Por eso yo las amo, las adoro. Y siento no tener mil corazones.

Para amar á mil que me amasen.

MISCELANEA.

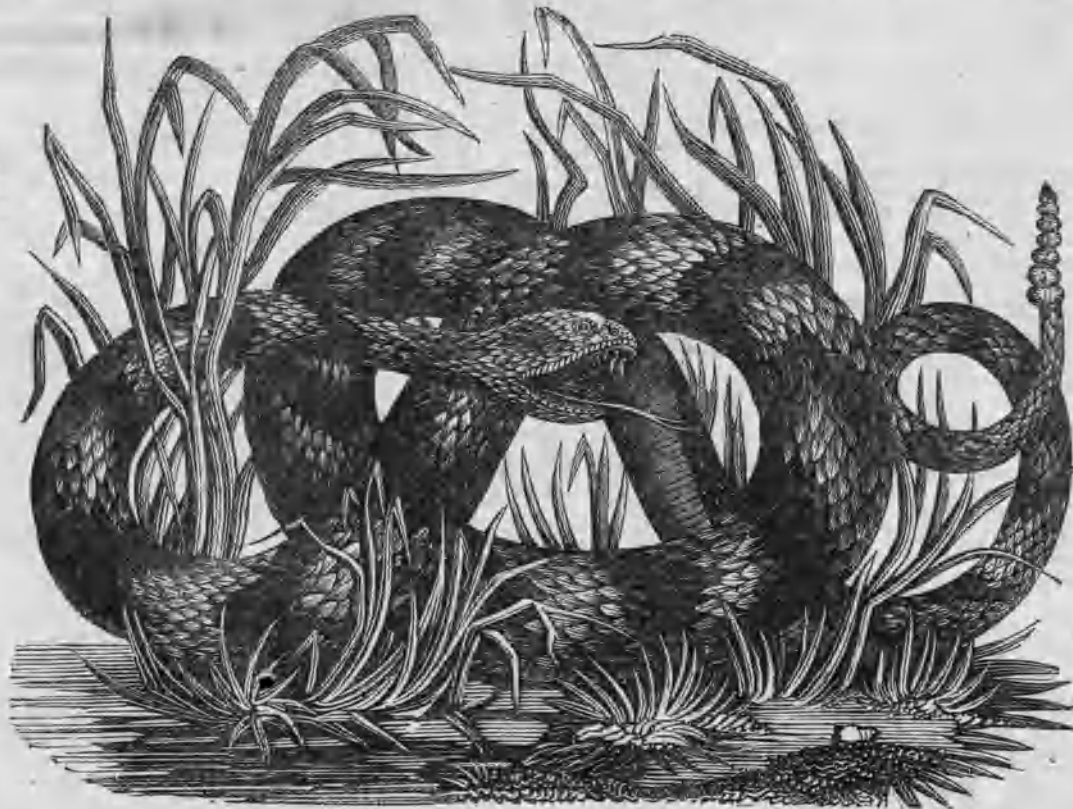
LA CULEBRA DE CASCABEL.—Este reptil habita el continente de América. Se le encuentra comunmente en los terrenos calurosos y húmedos, bajo los trópicos, donde la vegetacion es opulenta. Si su instinto la condujese á hacer uso de los terribles medios de destruccion que posee, llegaría á ser una calamidad para las comarcas que habita, que serian en poco tiempo abandonadas; pues su veneno es mas violento y mas activo que el de todos los reptiles de esta especie; y es tanto mas peligroso cuanto mas ardiente es el clima. Pero afortunadamente esta culebra no hace uso de su poder mas que para defenderse; casi nunca ataca al hombre como no sea provocada, al contrario, huye de su presencia aun cuando no tenga nada que temer de él.

Estas culebras se distinguen por la singular organizacion de sus mandíbulas: su cabeza parece triangular: la lengua es tambien muy prolongada en esta especie.

Es una opinion muy antigua la de atribuir á las culebras el poder de encantar, ó mas bien de dejar estupefacta á su presa por el espanto. Muchos autores célebres admiten esta fascinacion. Lo que ha dado lugar á esta opinion tan general no parece ser otra cosa que el terror que inspiran las culebras, pues los animales, asi como el hombre, son susceptibles de experimentar este espanto súbito al aspecto inesperado de estos reptiles. Por lo tanto, es preciso deducir que el terror es solamente la verdadera causa de esta supuesta fascinacion de la culebra de cascabel.

El nombre de culebra de cascabel se le ha dado á este reptil, á causa de un órgano bastante notable que se ve en la estremidad de su cola; son varios anillos cónicos móviles, que provienen de los despojos anuales de su muda; transformados en una membrana seca y crepitante como el pergamino, y cuyo sonido se asemeja bastante al cascabel. Se ha visto algunas veces culebras que han llevado de cuarenta á cincuenta anillos de estos en la cola.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO, calle de Sta. Teresa, núm. 8.



La culebra de cascabel.

Se declara.

Escribe cartas de amor por no esperar á que la persona en quien se ha fijado se las escribe.

Y hace muchas veces el papel de hombre, por dominar y reinar absoluta.

No hablo ni de las que beben ni de las que fuman.

Detesto estas dos gracias y á las mugeres que las poseen.

Por eso el querer descubrir las supercherias de las mugeres es perder el tiempo.

Nosotros, que tanto amamos lo desconocido, lo incierto, lo irrealizable, lo que á nuestros ojos se presenta cubierto con el prisma de la ilusion, con los velos de oro y azul de la fantasia, ¿por qué hemos de descubrir el caprichoso sueño llamado muger?

¿Deshojariais una flor para buscar su verdad?

¿Deshojariais una flor para buscar su verdad?

viene de los despojos anuales de su muda; transformados en una membrana seca y crepitante como el pergamino, y cuyo sonido se asemeja bastante al cascabel. Se ha visto algunas veces culebras que han llevado de cuarenta á cincuenta anillos de estos en la cola.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO, calle de Sta. Teresa, núm. 8.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO, calle de Sta. Teresa, núm. 8.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO, calle de Sta. Teresa, núm. 8.